más que lo que dice taxativamente.

No se debe olvidar en ningún caso que, en esta ocasión específica, José Luis de Dios es un dibujante, sólo un dibujante. Sólo un dibujante, pero el visitante ocasional de la exposición advierte que allí es como si faltaran algunas notas de color que el artista le hubiese escamoteado. Y es que, para bien o para mal —yo creo que para bien—, esos son los dibujos de un pintor: los dibujos de alguien que se expresa naturalmente por el vehículo pictórico y que, en sí mismo, ellos son como ensayos de lo que tendría que ser obra magna. Si, a pesar de todo, insisten en su ser dibujístico, ello es porque quieren hacerse responsables de su lejano horizonte barroquizante. La prueba es que si cada figura es, en sí misma, una figura cerrada, el conjunto de todas ellas en un mismo cuadro insinúa algo abierto. Es, ciertamente, una composición susceptible de aperturas...

Lo de José Luis de Dios tiene un horizonte barroco, sin serlo; algo que, se diría, tiene una especie de suelo renacentista. Sí, por las circunstancias humanistas que se insinúan, tanto por su figuración como por algunos detalles de su «composición». Y que no se piense, por estar entre una cosa y otra, en un «manierismo». Que no se piense en ello, porque la situación no es de aquella época: es de nuestro tiempo.

Angel Orcajo.

José Luis de Dios.

Angel Orcajo

GALERIA SKIRA. MADRID

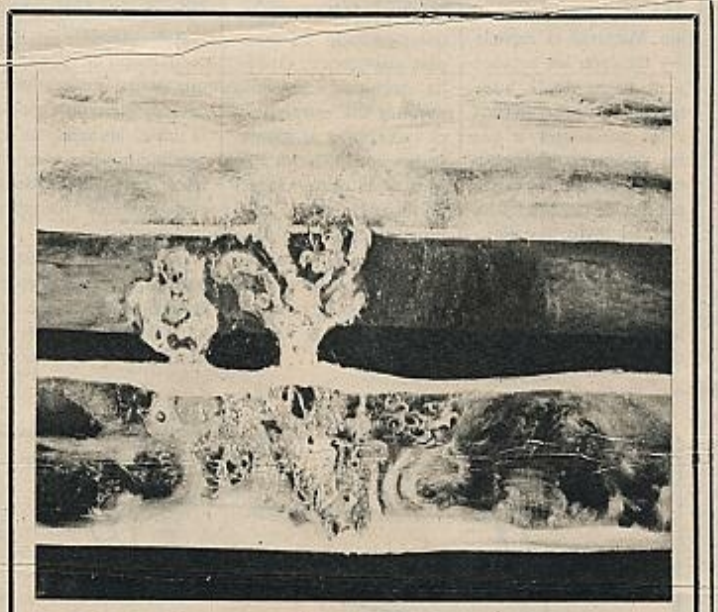
Yo no conozco, o no lo recuerdo, aquel clásico del viejo cine que fue la película «Cosmópolis», de Fritz Lang, pero recuerdo haber visto algunas fotos de la misma. Tampoco sé si Angel Orcajo la ha tenido en cuenta, ha imaginado la realidad de que se nutren estos cuadros. Pero yo creo que debe haber un planteamiento similar: la ciudad, ese monstruo gigantesco de nuestros días, es como un pulpo enorme que acabará devorándonos.

Es curioso: yo recuerdo que en la genealogía estilística de Orcajo había siempre un elemento racional, de orden geométrico, al que parecía oponerse una supervivencia figurativa que, por aquellas razones, no lograba ser expresionista. Ahora, aun con esos elementos, ha logrado el expresionismo. ¿Cómo? Por la expresión de lo desmesurado.

En el fondo de toda expresividad —de todo expresionismo— hay siempre la ruptura con un orden formal —el equilibrio—. El expresionismo más consuetudinario rompe con la forma mediante el gesto. Pero cierto expresionismo —especialmente alemán— rompe con la forma al romper con el orden, mediante la desmesura. Así lo de Orcajo.

Por supuesto, hay que advertir que lo que Orcajo señala no lo indica apologéticamente, sino al contrario, a la manera de crítica: por eso es, en el fondo, un expresionista. Y es claro que sí; la medida, más o menos geométrica, más o menos racional, es una manera de humanismo. Pero cuando se rompe con la medida, cuando se desmesura, se rompe con el humanismo. La ciudad que pinta Orcajo... (no, perdón, la ciudad que denuncia Orcajo, entiéndase bien) es desmedida, desmesurada. Los monstruos que nos denuncia Orcajo, al tener una personalidad tenebrosa esas construcciones desmesuradas, tienen algo así como una humanidad antihumana. Son descomunales: descomunales, les falta la medida común, la medida de todos.

La pintura de Orcajo es la expresión —crítica— de lo descomunal. De lo descomunal, aplicado a la ciudad, puesto que ese es hoy su argumento. Y no es descomunal —y por tanto, antihumano— por ser grande, sino por haber perdido el sentido de la medida: por ser desmesurada. ■ **JOSE MARIA MORENO GALVAN.**



ANTONIO QUESADA: GALICIA EN MADRID

El alejamiento de Antonio Quesada de los centros mercantiles del arte no es sólo físico —vive en Galicia, en el paisaje sobre el que investiga—, sino que responde a una actitud de artista auténtico frente a la manipulación que hoy sufre el arte. Esta sinceridad radical, unida a un talento innegable, a una fina sensibilidad galaica, ensoñadora, hacen de su pintura un hecho artístico convincente, honrado, y, de una forma muy directa, asimilable. La virtud no siempre sale perdiendo, y así, Antonio Quesada ha conseguido que se le conozca ya en su tierra como "el pintor de la pintura honrada". Acaba de exponer en la galería Barocco, de Madrid, treinta paisajes —tema que le ha dado una proyección internacional— de una abstracción depurada, fruto de una experimentación que ya cumple quince años de pintura profesional.

TEATRO

Tennessee Williams, en el pequeño teatro

El TEI puede hacer cosas mejores o peores, cosas que interesen más o menos, pero muy difícilmente cosas estúpidas o autocomplacientes. Es fácil imaginar que en el grupo, como en todos los grupos teatrales de este mundo, existan sus disensiones, diferentes modos de ver una puesta en escena o la oportunidad de un título. Lo característico del TEI, sin embargo, es que su ya larga experiencia, su inequívoca unidad de estilo, lejos de desembocar en una reiteración rutinaria de fórmulas aceptadas, le lleva una y otra vez a correr el riesgo de plantearse creativamente la totalidad de cada uno de sus espectáculos.

Importa también decir que el TEI tiene la honradez de asumir los supuestos culturales de quienes lo componen; es decir, que su clara actitud política, su voluntad crítica, no surgen de ningún enmascaramiento, de ningún trivial barniz revolucionario, sino a partir de una conciencia de lo que realmente son, de lo que realmente somos quienes, hoy por hoy, reclamamos el carácter revelador de la